

primero de ellos está bajo el nombre: «El compañero invisible». Nos hace ver como el creciente culto a los santos no debe mostrarse con la simplificación de multiplicar los intereses que permitieran a los hombres encontrar un camino hacia cielo más fácil, sino que se está produciendo un cambio en la propia identidad de las personas, se están descubriendo así mismos; esto permitió un estrecho lazo emotivo entre el creyente y sus compañeros invisibles (los santos). El siguiente: «Difuntos especialísimos», nos muestras como se produce una ruptura sobre el pensamiento clásico de la belleza, el dolor toma otra dimensión, por ejemplo, el mártir «limpia de tal modo el “rostro espantoso de la muerte” que una tortura que otrora había causado un refinado dolor ahora es el medio más adecuado para experimentar el alivio». Se produce así una inversión emotiva.

El quinto capítulo, «Praesentia» se centrará en cómo lo santo está disponible en un lugar, siendo accesible para unos y no para otros, pero que, al mismo tiempo, provocaba que el cristiano se alimentará de las realidades de la distancia y de la alegría de la proximidad. Esa tensión entre la distancia y la proximidad a lo santo fue la «mayor bendición que un cristiano de la Antigüedad tardía podía disfrutar». Pero, además, produjo que el santuario dejara de ser un mero recordatorio de la unidad ideal de una época pasada, para convertirse en un lugar estable en donde el «poder puro» podría manifestarse mediante curaciones, exorcismos o acciones de justicia. Este tema del poder será desarrollado en el último de los capítulos, «Potentia», hablando con ello del poder de Dios expresado por medio de los santos.

Acaba nuestro autor invitando a los lectores a caer en la cuenta del «tenaz interés de los cristianos de la Antigüedad tardía por crear en su mundo lugares donde los hombres pudiesen hallarse en la presencia escrutadora y compasiva de otro ser humano».

Cierra la obra, como ya adelantábamos al inicio, una bibliografía ordenada por orden alfabético, un índice de autores modernos, y otros dos breves índices, uno onomástico y toponímico de la Antigüedad, y uno temático.

Por último, queda felicitar a la editorial Sígueme por el esfuerzo realizado para la traducción y difusión de esta obra clásica en el estudio del culto de los santos en los primeros siglos del cristianismo, cuál fue su origen y cómo ello fue evolucionando. Parafraseando al autor, podemos decir que esta obra constituye un punto de inicio de camino imprescindible de aquel que se quiera acercar a este tipo de estudios. MIGUEL CÓRDOBA SALMERÓN

Christie, Douglas E. *The Blue Sapphire of the Mind. Notes for a Contemplative Ecology*. New York: Oxford University Press, 2013, 464 pp. ISBN: 978-0-19-981232-5.

Douglas E. Christie es profesor de teología en la Loyola Marymount University de Los Ángeles, donde se ha especializado en el monacato cristiano primitivo. Su profundo conocimiento de la historia, la teología y la espiritualidad

de las primeras comunidades cristianas dialoga en este ensayo con la sensibilidad medioambiental contemporánea, tratando de establecer puentes entre la sabiduría del mundo antiguo y las urgentes respuestas que la crisis ecológica demanda.

Christie acuña la expresión que aparece en el subtítulo del libro articulando el conjunto de la obra, *ecología contemplativa*: «una comprensión de la práctica espiritual que sitúa el bienestar del mundo natural en el centro de sus preocupaciones, y un acercamiento a la ecología que comprende el trabajo de cultivar una atención contemplativa como algo crítico y necesario para su sentido pleno» (p. xi).

El movimiento ecologista ha sido, desde su nacimiento en la década de 1970, expresión de un profundo malestar cultural y de una renovada búsqueda espiritual. Sin embargo, pocos son los que han explorado con tanta profundidad como Christie los recursos que la espiritualidad cristiana monástica pueden ofrecer en el contexto actual. Partiendo de los escritos de Evagrio Póntico, Atanasio, Juan Casiano, Macario de Egipto, Juan Clímaco, Gregorio de Nisa y los Apotegmas de los padres del desierto, el teólogo norteamericano profundiza en el sentido de siete categorías que resultan imprescindibles para entender la mística monástica: *penthos*, *topos*, *prosoche*, *logos*, *eros*, *kenosis* y *telos*. Estas categorías son las que, traducidas y contextualizadas, articulan una espiritualidad cristiana capaz de iluminar cuestiones planteadas, muchos siglos más tarde, en el debate medioambiental contemporáneo.

En primer lugar, frente a la evasión o la abierta negación de los problemas ecológicos que enfrentamos como sociedad, «hacer luto» y experimentar pena y dolor por la degradación del mundo natural resulta hoy una práctica espiritual urgente. Una práctica que no está alejada del *penthos* de los padres del desierto, el «don de lágrimas» que posibilita hacer propio el sufrimiento del mundo, interiorizar las consecuencias de nuestras acciones y modificar, en consecuencia, los hábitos.

En segundo lugar, en la era de la movilidad permanente, la deslocalización y la globalización han cobrado una importancia creciente los valores de la proximidad y lo local –el *topos*–, así como el renovado deseo de enraizamiento físico y cultural. Frente al desarraigo que caracteriza nuestra época, la estabilidad, la atención al *topos* y el seguimiento del ritmo diario de la naturaleza propia del monacato ofrecen una enseñanza que resuena con propuestas contemporáneas como el biorregionalismo y la relocalización de la economía.

En tercer lugar, Christie identifica otra práctica propia de la espiritualidad monástica –el «arte de prestar atención» o *prosoche*– como una herramienta imprescindible para «ver profundamente en el conjunto de la realidad» (p. 142). Si la ecología –la ciencia de las relaciones– nos ha ofrecido una visión holística o sistémica de la naturaleza, la espiritualidad puede ayudarnos –frente a la fragmentación moderna del conocimiento y la saturación informativa– a desarrollar el hábito de la atención y a profundizar en la percepción de las relaciones que sostienen la vida. Al fin y al cabo, los naturalistas y científicos que nos han permitido comprender la historia y la enorme complejidad de los ecosistemas han

desarrollado, como los monjes, una fina sensibilidad contemplativa que sigue siendo el motor de los grandes descubrimientos.

En cuarto lugar, la centralidad que el *logos* –la palabra de Dios– tiene para la tradición cristiana y monástica es reinterpretada por Christie como una llamada a escuchar de nuevo el poder expresivo del mundo y, en consecuencia, a rehabilitar nuestra capacidad de interpretar ese lenguaje. No es casual que el movimiento medioambiental contemporáneo surgiese al descubrir alarmado los peligros de la contaminación tras una *Primavera silenciosa* –el nombre del influyente libro de Rachel Carson publicado en 1962– y al tomar conciencia de la necesidad de prestar atención a los mensajes de la naturaleza. En este sentido, la práctica del silencio cultivada por la espiritualidad monástica durante siglos se convierte en una magnífica «escuela de la escucha» que puede hacer emerger el sentido profundo de la realidad y la *lingua vernacula* del lugar a la que se han referido autores como Henry David Thoreau. «Esta idea básica cristiana podría ser recuperada como una fuerza para sanar y reconciliar la comunidad humana y el mundo natural» (p. 187).

En quinto lugar, Christie selecciona el término *eros*, que junto a *ekstasis*, expresan la íntima comunión que han experimentado tanto los místicos en su encuentro con la inmanencia del misterio como los poetas, escritores y naturalistas en su encuentro con la naturaleza. La importancia del deseo como motor del conocimiento y del progreso espiritual (*epectasis*), y como puerta de acceso a la lógica del don, fue puesta de relieve desde antiguo por la espiritualidad monástica. Hoy día, esa misma lógica del reconocimiento, el intercambio y el agradecimiento resulta clave en el intento de articular un nuevo modo –más respetuoso y sensible– de relacionarse con la creación.

En sexto lugar, un concepto clave para la cristología, *kenosis* (el «abajamiento» o «vaciamiento» de Dios), es interpretado como una práctica contemplativa, «una expresión del compromiso fundamental de enfrentar y atender a la Realidad tal y como se presenta» (p. 287). Este es un hábito y una actitud que puede resultar también de ayuda para enfrentar –intelectual y afectivamente– el sufrimiento, la violencia y el carácter profundamente ambiguo del mundo natural y de su dramática historia evolutiva.

Por último, frente al pesimismo antropológico y las narrativas del colapso que a menudo permean el discurso ecologista, Christie sugiere rehabilitar la escatología –el *telos* u horizonte de la vida creyente– entendida como un modo de «practicar el paraíso», aquí y ahora. «La idea del paraíso expresa la convicción de que uno puede aprender, por medio de la práctica espiritual asidua y la apertura a la gracia, a superar las ansiedades y los miedos (nuestra condición fuera o más allá del paraíso) que nos impiden abrirnos a la sencilla y franca relación de amor con Dios y con todos los seres (humanos y no humanos)» (p. 315). Esta práctica espiritual –purgada, eso sí, de la ingenuidad y el peligro de escapismo milenarista– puede servir, frente al miedo paralizante del discurso catastrofista, de estímulo para soñar, proyectar y sostener el «trabajo de renovación ecológico espiritual» (p. 315) que nuestra época requiere.

Ante el eclecticismo y la descontextualización de muchas propuestas espirituales contemporáneas que toman prestados conceptos, creencias y prácticas de diversas religiones, Christie ofrece un sólido anclaje en una tradición –la del monacato cristiano primitivo– dialogando desde esa experiencia acumulada con los retos contemporáneos que la crisis ecológica plantea y con algunos de los principales autores que han configurado la sensibilidad medioambiental (Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson, Annie Dillard o Aldo Leopold).

Esta obra es de recomendada lectura no solo para quien esté interesado en la espiritualidad del cristianismo primitivo, sino también para quien se pregunte por la contribución que las grandes tradiciones religiosas pueden hacer ante el urgente reto de la sostenibilidad. La obra de Christie muestra de forma elegante y profunda la actualidad y operatividad de esa contribución. JAIME TATAY, SJ

Vidal, Marciano. *Historia de la Teología Moral*. Tomo V: *De Trento al Vaticano II*. Volumen 2: *El siglo de la Ilustración y la moral católica (s. XVIII)*. Madrid: Perpetuo Socorro, 2017, 1191 pp. ISBN: 978-84-28407-88-5.

Nos encontramos con un nuevo volumen de ese magno proyecto de investigación y de divulgación de la Historia de la Teología Moral que está realizando desde hace décadas el profesor Marciano Vidal, uno de nuestros mejores teólogos morales del postconcilio. Este libro constituye el sexto volumen publicado de un total de diez. Está dedicado al s. XVIII, un siglo prácticamente olvidado en la historia de la Teología Moral a excepción de la figura luminosa de san Alfonso María de Liguori, a la que el autor dedicará en breve el siguiente volumen.

El motivo de fondo de este amplio volumen es «rescatar el s. XVIII para la moral católica». Este «rescate» lo hace de dos modos que es importante comprender desde el principio para captar la organización del volumen. El profesor redentorista quiere «recuperar», más allá de simplificaciones, la comprensión del contexto político, social y religioso del s. XVIII y del fenómeno de la Ilustración y su discurso filosófico-moral. El libro está lleno de matices que nos hacen comprender un siglo que ni es tan homogéneo, ni tan francés como aparenta, ni tan racionalista. En esta labor de «rescate» del siglo XVIII, el libro también recupera la teología moral del s. XVIII más allá de la imponente figura de san Alfonso y da cuenta de los muchos trabajos realizados en este campo y de algunos avances en la teología moral dentro de un tono dominante de mediocridad. Detrás de estas dos recuperaciones (contexto, cultura y filosofía moral por un lado; teología moral y magisterio moral por otro) se refleja la profunda preocupación del autor por el diálogo de la Iglesia con la modernidad. La detallada atención y la longitud del tratamiento hay que considerarlos desde una finalidad muy concreta: no hay diálogo profundo y serio sin una profunda comprensión de la modernidad.